

# «Reputación busco, que no dinero»: La desafortada vida del Capitán Contreras

Antonio J. Iriarte

La autobiografía del capitán Alonso de Guillén Contreras (1582-1644?), militar, corsario y aventurero, escrita en su mayor parte en 1630, no se dio a conocer hasta 1900, cuando el erudito Manuel Serrano y Sanz, que la había descubierto en la Biblioteca Nacional de Madrid, la publicó en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. El tan exagerado como rigurosamente verídico relato de las andanzas de este soldado cubre los años 1597 a 1633, bajo los reinados de Felipe II, Felipe III y Felipe IV, y es un indiscutible triunfo de las letras españolas; de entrada, sin embargo, obtuvo más eco en el extranjero que en España, donde la *Vida del capitán Contreras* sólo empezó a ser leída y admirada de verdad a raíz de su reedición por *Revista de Occidente* en 1943, con un deslumbrante prólogo de Ortega y Gasset.

Esta nueva edición anotada que publica ahora con su habitual esmero, la editorial Reino de Redonda de Javier Marías, recoge el imprescindible prólogo de Ortega y le antepone uno nuevo de Arturo Pérez-Reverte, buen conocedor de la obra y de la época, cuyo capitán Alatríste no en balde toma prestado más de un rasgo de carácter de Alonso de Contreras. El texto adoptado parece ser el de *Revista de Occidente* (no se ha partido del

---

Alonso de Contreras: *Vida de este capitán*, prólogos de José Ortega y Gasset y Arturo Pérez-Reverte, Reino de Redonda, Madrid, 2008.

manuscrito), y las notas, que iluminan la obra sin abrumar, están basadas, según se indica, en las de Fernando Reigosa para la edición de Alianza de 1967 y las de Harry Ettinghausen para la de Bruguera de 1983.

Militar y marino, práctico del Mediterráneo que recorrerá numerosas veces en misiones de reconocimiento o de corso, y del que levantará un *Derrotero* conservado asimismo en la Biblioteca Nacional, los sucesos y peripecias de la vida de Contreras son tan variados como extremos, y superan con creces los de los relatos picarescos, a los que inevitablemente, por época y circunstancias, recuerdan. El buen capitán llega incluso a hacerse ermitaño en un momento dado, para después vérselas con el Santo Oficio, acusado de querer alzar a los moriscos y proclamarse «rey» suyo, y algo más tarde, trabar amistad con Lope de Vega, quien le dedicó su comedia *El rey sin reino* (que algo debe a lo de la supuesta conjura morisca). Pero nada aquí es inventado, y apenas fabulado.

Sorprende tanto la precisión y vividez de los recuerdos de Contreras como la calidad de su prosa, directa, concisa y sin florituras (como él mismo dice: «Ello va seco y sin llover, como Dios lo crio y como a mí se me alcanza, sin retóricas ni discreterías, no más que el hecho de la verdad», p. 232), y al tiempo de extraordinaria riqueza, impregnada de la lengua franca del Mediterráneo de la época, a base de español, italiano, turco y griego, como acertadamente señala Pérez-Reverte. Pero más aún que el estilo, al lector le fascinará el retrato que ofrece Contreras de su tiempo al socaire de sus andanzas, así como la fineza de los retratos psicológicos que traza, empezando por el suyo propio.

Para Contreras, hombre de acción, la vida es movimiento y riesgo constantes. No le mueve el afán de medrar, aunque en más de una ocasión intente, casi siempre sin éxito, que se le reconozcan sus servicios a la Corona, sino la búsqueda de la fama. Cuando se libra al corso, se precia más del eco de sus hazañas, y de que los turcos acaben poniendo precio a su cabeza, que de la parte que le corresponde de las presas que hace: sólo es dinero, que vuela rápido, entre timbas y lupanares. Buena parte de los muchos líos en que se mete se los procura ese afán de nombradía, como cuando en Nápoles, «en buena reputación» y «por no perder la opinión de levantes» (p. 76), accede a prestar ayuda en un lance a

unos valencianos que resultan ser unos asesinos, viéndose él abocado a la huida por no acabar en la horca.

A lo largo de esta vida desmesurada, Contreras mejora su condición y acrecienta su fama (su nombre, según nos dice, es conocido en la Corte y entre la gente), pero también va acumulando desengaños, en los que, sobriamente, se detiene tan poco como en sus triunfos. Uno de los rasgos más llamativos del personaje es la agudeza de su desencantada visión del mundo. No se llama a engaño por nada, y nada lo sorprende: ni los vaivenes de la fortuna, ni la mezquindad de los hombres («...todos me daban el parabién, unos de envidia, otros de amor», p. 191), ni la iniquidad y despropósitos de las autoridades («Díjose, por cierto, que fue causa el Almirante, que no era marinero ni había entrado en la mar jamás. Llamábase Fulano Figueroa y después, para enmendarlo, le hicieron Almirante de una flota por sustentar el yerro primero», p. 211). No es resignación: es lucidez. Con el mismo laconismo trata de las traiciones que le hacen y de las penalidades que sufre, en la guerra o en prisión, o en los lances del amor (a menudo venal, como corresponde a un soldado). Véase, por ejemplo, con qué sobriedad refiere cómo mató a su esposa tras sorprenderla en la cama con su mejor amigo: «(...) y en suma, yo, que no dormía, procuré andar al descuido con cuidado, hasta que su fortuna los trajo que los cogí juntos una mañana, y se murieron. Téngalos Dios en el cielo si en aquel trance se arrepintieron.» (p. 159).

Pero, por encima de todo, con independencia de su probable intención memorialista o reivindicativa en origen, al margen del indudable valor histórico y documental que ahora tiene, la *Vida del capitán Contreras* es una gran novela, un entretenidísimo relato de aventuras que ya tocaba recuperar de nuevo ©